

LA BIBLIA REINA-VALERA (1569-1602) Y LA CULTURA ESPAÑOLA

Y España toda,
con sucios oropeles de Carnaval vestida
aún la tenemos: pobre y escuálida y beoda;
mas hoy de un vino malo: la sangre de su herida.
Tú, juventud más joven, si de más alta cumbre
la voluntad te llega, irás a tu aventura
despierta y transparente a la divina lumbre,
como el diamante clara, como el diamante pura.

Una España joven

ANTONIO MACHADO

Al publicar su versión castellana de la Biblia, en 1569, Casiodoro de Reina era muy consciente de la importancia de su empresa, llevada a cabo, como escribe en la "Amonestación" que inicia su texto, en medio del destierro y la pobreza, con su vida y libertad en constante peligro, vigilado atentamente por la Inquisición española. Lo que está en juego, afirma, es la gloria de Dios y la salvación humana. Por ese doble objetivo trascendental lo arriesga todo, en lo que considera la tarea crucial de su momento histórico: la entrega de la Biblia al pueblo español. Esa excelsa obra no es una insignificante nota al calce en la historia intelectual y espiritual de su patria. Es una expresión medular de las soterradas pero vigorosas, perseguidas pero vigentes, corrientes erasmianas y reformistas en la España del Siglo de Oro.

Reina intenta lo indecible por evitar crueles desgarramientos, eclesiásticos y nacionales. Se aferra con inútil obstinación al decreto del Concilio de Trento que versa sobre las traducciones de la Biblia en los idiomas populares. Pretende ver autorización, donde, en realidad, se trata de prohibición; intenta convertir en estímulo lo que para los jerarcas tridentinos es restricción. Incluso dirige un prólogo en latín a los reyes y príncipes cristianos de toda Europa, incluyendo al catolicísimo Felipe II, monarca de toda España.

Es un esfuerzo tenaz pero inútil de mantenerse, a pesar del exilio y la persecución, dentro de la comunión cultural de su nación, y al interior de una iglesia cuya unidad él considera posible preservar sólo si se centra en la lectura de, y obediencia a, las sagradas escrituras. Por ello los dos extensos prefacios, el latino y el castellano, son ventanas privilegiadas para entender los dilemas, agonías y aporías de los traductores de la Biblia en el siglo XVI español, cuando ese oficio podía conllevar la cárcel, el destierro o, incluso, la pena capital (entre 1559 y 1562, sus hermanos frailes jerónimos del monasterio de San Isidoro fueron objetos privilegiados de rigurosísima represión).

Para la gloria de Dios y la salvación humana. Lo primero parece requerir la unidad de la iglesia y a ella se aferra ilusamente Reina en un período histórico de dolorosa fragmentación y ruptura. Por ello el ruego de que su obra sea comprendida y aceptada por la iglesia institucional, incluso por los jerarcas que jugaron papel protagónico en Trento. Expresión de sus esfuerzos irénicos es la siguiente afirmación que incluye en su prólogo castellano: "En cuanto a lo que toca al autor de la traducción, si Católico es el que fiel y sencillamente cree y profesa lo que la santa Madre Iglesia Cristiana Católica cree, tiene y mantiene, determinado por el Espíritu Santo, por los cánones de la Divina Escritura, en los Santos Concilios, y en los Símbolos y sumas comunes de Fe, que se llaman comúnmente el de los Apóstoles, el del Concilio Niceno y el de Atanasio, católico es, e injuria manifiesta le hará quien no lo tenga por tal" (he modernizado la ortografía aunque no la sintaxis). De ahí también su retención de los libros deuterocanónicos, los cuales se extrajeron de su obra en el siglo XIX, sin que las sociedades bíblicas de habla castellana tuviesen el atrevimiento, en el XX, de restituirlos.

Lo segundo, la salvación humana, tiene que ver, en el caso de Reina, con aquellos para quienes el castellano es su idioma cotidiano, su lengua popular, aquellos para quienes la Vulgata ha dejado, por muchas generaciones, de ser comprensible y cuyo conocimiento de la Biblia depende casi exclusivamente de la mediación sacerdotal. También el pueblo español, afirma Reina, tiene el derecho y la necesidad de una versión de las escrituras sagradas legible y entendible.

España se encuentra en la cúspide de su prestigio temporal, enriquecida gracias a los tesoros que se extraen de los territorios de ultramar recientemente conquistados y colonizados. Sus letras son objeto de admiración, gracias a las plumas privilegiadas de Jorge Manrique, Garcilaso de la Vega, Fray Luis de Granada, Fray Luis de León y Santa Teresa de Jesús, entre otros. Todavía no ha sufrido el desgarramiento doloroso de los Países Bajos ni la humillación naval frente a las costas inglesas. Algo le falta, sin embargo, a la España de Carlos V y Felipe II: culminar y trascender la Biblia políglota del Cardenal Francisco Ximénez de Cisneros con una edición castellana de no menor calidad que las versiones en idiomas nacionales que a la sazón comenzaban a proliferar por toda Europa.

Reina apela inútilmente al decreto tridentino sobre las traducciones bíblicas. Es un esfuerzo noble y desesperado de salvar su texto, de convencer a las autoridades de que permitan la distribución de su Biblia castellana. Intenta ignorar que el Concilio de Trento ha sido categórico en afirmar dos puntos claves: 1) la Vulgata latina como la única versión de las escrituras sagradas cristianas "tenida por auténtica en las públicas lecciones, disputaciones, predicaciones y exposiciones..." (Sesión cuarta del Concilio de Trento, 8 de abril de 1546) y 2) el control absoluto, por obispos e inquisidores, de las traducciones a las lenguas populares, "puesto que es manifiesto por experiencia que si se permite la sagrada Biblia en lengua vulgar en cualquier parte sin discernimiento, resulta de ello más perjuicio que ventaja". (Reglas tridentinas para la prohibición de libros, 24 de marzo de 1564.)

La Inquisición, ciertamente, no se dejará engañar por los malabares retóricos y el irenismo de Reina. Conoce bien el peligro que conlleva la idea, típica de las iglesias reformadas, del derecho del pueblo a la lectura de las escrituras en lenguas populares. Por toda Europa son evidentes las potencialidades subversivas, en asuntos eclesiásticos, teológicos y políticos, de la lectura no controlada de la Biblia. Es un incendio incontrolable que los jefes eclesiásticos de la España tridentina intentan prevenir y contener a lo que dé lugar.

En un contexto eclesiástico donde ni el Arzobispo de Toledo, Primado de España, está a salvo de los turbios procesos judiciales de la Inquisición y sus calabozos, como lo demuestra el trágico destino de Bartolomé de Carranza y Miranda, mucho menos puede Reina esperar tolerancia para su Biblia castellana. Miguel Delibes, en su brillante novela *El hereje* (1998) ha logrado impartir elegancia literaria a los lúgubres martirios sufridos por grupos protestantes clandestinos españoles de ese tiempo. La novela concluye en un aterrador auto de fe, en presencia de Felipe II y sacralizado por una homilía de Melchor Cano, insigne teólogo de la época. Se les percibe y persigue como una plaga que corrompe la religiosidad y contamina la identidad nacional de la católica nación ibérica.

Lo crucial, sin embargo, es la tesis de Reina de que la vitalidad de la fe y la cultura cristianas de España requieren la lectura regular de la Biblia. Si ésta faltase, España sería cristiana de nombre y tradición, pero no de sustancia. Por eso sus arduos desvelos y afanes, por su amor entrañable a la religiosidad y la cultura de su pueblo. En el exilio y constante peregrinación - Ginebra, Francfort, Londres, Amberes, Colonia, Estrasburgo, Basilea-para mantenerse al margen de la Inquisición, un hombre prosigue durante una docena de años una ardua y agotadora tarea: traducir la Biblia al castellano, a fin de que su patria, aquella que lo ha desterrado, pueda nutrir su fe y su cultura en la lectura inteligente de las escrituras sagradas. La España oficial le negaría, por siglos, el merecido reconocimiento a sus empeños. Pero su obra, varias veces revisada, es un monumento excepcional de las letras cristianas y de la creatividad cultural hispana.

CIPRIANO DE VALERA

Cipriano de Valera, compañero de afanes y destierros de Reina, reconoció el inmenso valor de su traducción y, por ello, en vez de emprender una nueva versión castellana de la Biblia, se dedicó a preservar, revisar y corregir la de su predecesor. El resultado, impreso en 1602, fue esa excepcional expresión literaria conocida tradicionalmente como la Biblia de Reina-Valera.

Marcelino Menéndez Pelayo, nada dado al gusto por heterodoxias doctrinales, no puede disimular su amarga hostilidad contra ambos traductores expatriados. A Reina pretende negarle su nacionalidad, catalogándolo de "morisco granadino", a partir únicamente de los infundios de un burócrata de la diplomacia de Felipe II, siempre a la caza de prosélitos protestantes. A Valera le reconoce su "fecundidad literaria" y su estilo de "donaire y soltura", pero, al fin y al cabo, le tilda de "hereje vulgar". Sin embargo, no puede, como gran hispanista que es, evitar el elogio a la obra cumbre de estos dos heresiarcas y catalogarla, en su Historia de los heterodoxos españoles, "como hecha en el mejor tiempo de la lengua castellana, excede mucho... a la moderna de Torres Amat y a la desdichadísima del Padre Scio".

Vincular íntimamente la fe cristiana y la cultura hispana, ambas en relación con las sagradas escrituras, esa fue la tarea noble pero sísfica que emprendieron primero Casiodoro de Reina y luego Cipriano de Valera. Desde la excomunión de la iglesia en la que se bautizaron y en la que profesaron sus votos monacales (frailes jerónimos ambos), desde el destierro de su patria natal, laboraron con tesón guiados por el ideal de una España reformada en su devoción religiosa y creadora en su cultura literaria.

Eran tiempos de rupturas profundas y dolorosas. Si Reina mantuvo ilusiones de concordia eclesiástica, la revisión de Valera refleja el endurecimiento de las divisiones doctrinales en al menos dos maneras: al relegar los libros deuterocanónicos, ahora tildados de "apócrifos", a una sección entre los dos Testamentos y al catalogar a los católicos de "adversarios" que se atienen a juicios humanos en vez de a la palabra divina. En la "Exhortación" con que prologa su traducción, acusa a los líderes de la iglesia tridentina de ser "enemigos de la salvación de los hombres... rebeldes a Dios y tiranos para con la iglesia", al prohibir al pueblo la lectura de las Escrituras. Con esa prohibición, piensa Valera, se mantiene al pueblo sumido en las "tinieblas de ignorancia, superstición e idolatría".

Reina sustentaba la esperanza de una Iglesia unida gracias a la primacía doctrinal de la Biblia; Valera, por el contrario, concibe el texto sagrado como criterio fundamental para distinguir entre la verdadera iglesia (la reformada) y la falsa (la romana). Reina apelaba ilusamente a Trento para legitimar su traducción; Valera reconoce que su obra transgrede los edictos tridentinos. Como ha demostrado el profesor Rady Roldán en sus minuciosas investigaciones, Valera descarta la posibilidad de que la Biblia sea fuente de conciliación en las disputas confesionales que conmueven la cristiandad europea. Su faena traductora se dirige a convertir la Biblia en instrumento de ataque letal al catolicismo romano. La Biblia se vislumbra como eje de intenso conflicto teológico, nada lejano a la convocación a la violencia de las armas que resuena por todo el continente.

Atrás, en las labores de Valera, quedan las ilusiones de intelectuales ilustres como Juan de Valdés y su hermano Alfonso de conciliar el iluminismo, el humanismo erasmiano, ciertos principios reformistas con la iglesia de Roma y la corona española. La cristiandad occidental hace definitiva su fragmentación y el debate doctrinal se torna disputa hostil e irreconciliable. En todos los rincones de Europa se consolidan los antagonismos teológicos y se aprestan los contendientes -católicos, luteranos y reformados- a acompañar las amargas diatribas con el lenguaje violento de las armas.

LA ESPAÑA HUMANISTA Y REFORMADA

Contrario a lo que en ocasiones se ha afirmado, la España del siglo XVI fue conmovida, tan profundamente como cualquier otra nación europea, por el humanismo erasmiano y por la reforma protestante. Ya décadas atrás, el hispanista francés Marcel Bataillon, en sucesivas ediciones de su texto clásico *Erasmus y España*, sepultó para siempre la leyenda negra de que España había permanecido insensible a los aires renovadores, intelectuales y espirituales, del renacimiento y la reforma. Lo que me interesa recalcar, en este contexto, es que ambos movimientos históricos convergen en el proyecto plural de nuevas ediciones de la Biblia, que superen el apego medieval a la Vulgata latina.

Como ha mostrado el estudioso cubano Jorge A. González, la Biblia Reina-Valera fue la culminación de un proyecto añorado y compartido por un nutrido grupo de españoles en el siglo XVI, influidos por el humanismo renacentista y el reformismo protestante. Se intenta, primeramente, establecer una edición fidedigna de los textos bíblicos originales, en hebreo y griego. Se pretende, luego, traducirla a las jóvenes lenguas nacionales. Así, se desempolva la inercia perezosa de las instituciones eclesiásticas y se promueve el vigor de esos idiomas.

La imperial España del siglo XVI, la abanderada de la conquista y la cristianización de tantas tierras recientemente encontradas, no fue excepción a este proceso renovador, como lo muestran la gran Biblia políglota de Alcalá de Henares, apadrinada por el Cardenal Francisco Ximénez de Cisneros y publicada en 1.521, y la versión castellana de Casiodoro de Reina, revisada por Cipriano de Valera. Ambas obras, no sólo la primera, deben reconocerse como épicas expresiones de la pasión religiosa y la creatividad cultural de la mejor España, la joven España, tantas veces añorada por el también desterrado, por mor de otro de los grandes traumas nacionales, el poeta Antonio Machado, quien ante la prepotencia de la "España inferior que ora y bosteza, vieja y tahúr, zaragatera y triste; esa España inferior que ora y embiste, cuando se digna usar de la cabeza" ensalza la "España del cincel y de la maza, con esa eterna juventud que se hace del pasado macizo de la raza. Una España implacable y redentora, España que alborea..." (El mañana efímero).

LA BIBLIA PROSCRITA

Irónica paradoja, de esas que tanto abundan en la historia humana, fue que, por centurias, ese insigne fruto de la devoción de dos españoles a su nación y a su lengua tuvo que vagar peregrina en el destierro y en la clandestinidad. A la Reina-Valera le corresponderá, como destino ineludible, recorrer senderos similares a los de sus dos grandes traductores: el exilio, la ilegalidad y la clandestinidad. El pastor protestante Ángel Luis Gutiérrez, en su libro *Evangélicos en Puerto Rico en la época española* (1997), ha detallado cómo durante el siglo XIX las autoridades españolas vigilaban cuidadosamente los intentos de introducir por contrabando esa Biblia en Puerto Rico, a la sazón todavía bajo el dominio colonial. Otra de las ironías de esa gran obra: creada para la salvación de los lectores hispanos, se le percibe y persigue, como potencial vehículo de perdición religiosa, por los custodios de la espiritualidad hispana.

No disfrutó, por tanto, la Reina-Valera de la misma influencia formativa en la cultura nacional española que le correspondió a la traducción de Lutero en la historia de los pueblos alemanes o la que tuvo la llamada Biblia King James en el mundo cultural de los países anglo parlantes. Es imposible describir con amplitud la historia cultural moderna de Alemania sin destacar la centralidad generadora de símbolos espirituales de la Biblia de Lutero. Quedaría inconcluso el estudio de la literatura inglesa moderna sin auscultar los influjos claves que en ella tuvo la Biblia King James. La influencia de ambas traducciones en sus respectivas culturas nacionales es inmensa y significativa.

En la literatura inglesa resuenan por doquier las voces de los textos sagrados leídos en la King James. La lectura de los salmos ejercita la destreza poética que luego florece en William Blake o John Milton, igual que la indignación profética es la raíz profunda de las mejores utopías literarias anglosajonas. En las letras españolas, con honradas excepciones, es la iglesia, con sus ritos, sacramentos, instituciones y dogmas, lo que predomina.

No tenía por qué ser de esa manera. Conocidas son las aflicciones que su entusiasmo por las sagradas escrituras le costó a Fray Luis de León. Su penoso encarcelamiento en una mazmorra de la Inquisición, a causa de sus inclinaciones por el texto hebreo del Viejo Testamento y su proyecto de traducir a lengua castellana el Cantar de los Cantares, y sus cuitas posteriores por su apego al estudio de las escrituras sagradas, son un paradójico tributo a la pasión española del siglo XVI por la Biblia.

Cuando se examinan los intensos debates teológicos en la España de esa época sobre la conquista de las tierras y los pueblos americanos, los textos bíblicos retumban con vigor, sean aquellos que condenan la idolatría y sus practicantes, usados para justificar la invasión armada, sean los que censuran la violencia de poderosos contra vulnerables, leídos para rebatir la sujeción bélica de los nativos. La Biblia se evocó para avasallar al Inca Atahualpa en Cajamarca; también se citó para reprobar ese fatídico evento. Es objeto de opuestas interpretaciones en la gran controversia que a mediados de siglo sostuvieron Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda sobre la justicia del imperio español en el Nuevo Mundo. La insistencia de Las Casas en la evangelización pacífica de las comunidades indígenas y su rechazo enérgico a la cristianización violenta se nutren de su lectura del Nuevo Testamento. Su airada denuncia de las injusticias cometidas por conquistadores y encomenderos, la que tanto escandalizó la hispanofilia nacionalista del gran filólogo Ramón Menéndez Pidal, revela la lectura constante y apasionada de los profetas vetero-testamentarios .

En las disputas provocadas por las insurgencias luteranas y calvinistas, la España del cáliz, la que tanto afligió en ese otro gran drama nacional a César Vallejo, prevaleció sobre la España de los profetas y los evangelios, aquella que a principios del siglo XVI animó el magno proyecto editorial del Cardenal Ximénez de Cisneros y en sus postrimerías inspiró los esfuerzos de Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera de dotar al pueblo español de una Biblia en su preciado idioma nacional.

La Biblia Reina-Valera sobrevivió en los márgenes de la vida nacional ibérica, proscrita y prohibida, acogida en los silencios y ocultamientos de quienes, en España, en América Latina, o en la diáspora hispana, mantuvieron tenazmente su disidencia religiosa y su afecto a la lengua española. En el mundo subterráneo protestante iberoamericano, Reina-Valera ha sido forjadora de un discurso cultural cargado de resonancias bíblicas. Es centro primordial de la devoción familiar y eje de los cultos y prédicas eclesiales. Es uno de los primeros obsequios que recibe un niño o niña de tradición evangélica que aprende a leer. Se convierte así en matriz crucial de su formación lingüística, intelectual y espiritual.

En la novela de Carlos Fuentes, *Las buenas conciencias* (1959), la Biblia adquiere papel protagónico central, como quizá en ninguna otra obra literaria hispanoamericana. El niño Jaime Ceballos, su personaje principal, recibe como regalo de cumpleaños una Biblia. Su alma juvenil queda fascinada y cautivada por el Jesús de los evangelios, aquel que no tuvo morada ni lugar donde recostar su cabeza, perseguido por las autoridades de su tiempo, las políticas y las religiosas. Los textos bíblicos recuperan su capacidad para fascinar, provocar y perturbar las conciencias, a contrapelo de las autoridades políticas y religiosas . Pocos relatos literarios dramatizan tan magistralmente la dolorosa pugna, en el corazón y la mente de un joven sensible e inteligente, entre la fidelidad al sendero de la cruz del Jesús evangélico y las prebendas y beneficios de una posición social adinerada y privilegiada.

Fuentes logra recrear el antaño enfrentamiento entre la Biblia y la Iglesia, restaurando significado a la inocultable tradición bíblica profética y evangélica. Es un sendero escabroso y arriesgado, que amenaza el prestigio social de quien decide transitarlo, como bien descubre en la novela el joven Ceballos, quien claudica ante el desafío, y como, en las postrimerías del siglo XVI, entendieron Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera, quienes asumieron con valor, dignidad y creatividad las penurias de la

persecución y el destierro. Gracias a su arrojo y tenacidad, España también tuvo su Biblia, la cual, al cabo del tiempo y tras sucesivas revisiones y ediciones, puede y debe considerarse como una de las más distinguidas creaciones literarias en lengua castellana. En honor a ella pueden los poetas, los insignes como el español León Felipe, exiliado hasta su muerte en México, escribir, o, en su caso, más bien exclamar:

Me gusta remojar la palabra divina, amasarla de nuevo, ablandarla con el vaho de mi aliento, humedecer con mi saliva y con mi sangre el polvo seco de los Libros Sagrados y volver a hacer marchar los versículos quietos y paralíticos con el ritmo de mi corazón... El poeta, al volver a la Biblia, no hace más que regresar a su antigua palabra, porque ¿qué es la Biblia más que una Gran Antología Poética... donde todo poeta legítimo se encuentra?... recordar, refrescar, ablandar, vivificar, poner de pie otra vez el verso suyo antiguo que momificaron los escribas. (¿Qué es la Biblia?, 1943).

Luis N. Rivera Pagán Profesor emérito en Teología Ecuménica Seminario Teológico de Princeton

www.escriturayverdad.cl